

Otra pelea cubana contra los demonios

A Fernando Ortiz y Tomás Gutiérrez Alea

EN *HISTORIA DE UNA PELEA CUBANA CONTRA LOS DEMONIOS*, SU último libro, y también uno de los menos comentados de su extensísima y excepcional bibliografía, Fernando Ortiz da cuenta de ciertos acontecimientos extraordinarios que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XVII en la Villa costera de San Juan de los Remedios. José González de la Cruz, cura de aquella parroquia y comisario de la Santa Inquisición, esgrimiendo la conveniencia de hacer a San Juan de los Remedios menos vulnerable ante posibles ataques de corsarios y piratas, e intentando prohibir además el trato y el comercio de los lugareños con herejes extranjeros, pretendió trasladar la villa desde la costa donde fue fundada al interior de la isla y ubicarla en unos terrenos que, casualmente, eran de su propiedad.

Los alcaldes y la población remedianos, que desde la fundación de la villa comerciaban libremente con los susodichos herejes burlando así el monopolio estatal impuesto por la corona española, advirtieron que la pretensión del Inquisidor era en realidad un intento de secuestrar el pueblo y se opusieron al traslado. Entonces, y según consta en los documentos publicados por Ortiz como apéndice al libro mencionado, el Inquisidor recurrió: "... nada menos que a las amenazas de Lucifer e hizo que un notario oficial diera fe oficial de lo que decía el mismísimo demonio, hablando desde las entrañas de Leonarda, una negra posesa".

Ni los alcaldes ni los pobladores creyeron en la demonización de aquel problema estrictamente terrenal, de modo que rechazaron el órdago del Diablo y siguieron negados a aceptar el traslado de la villa al interior de la Isla. El Inquisidor tampoco cejó en su batalla e: "... hizo que el mismo notario eclesiástico diera fe de la opinión de Dios, requerido al efecto 'en persona', presente en el altar por transustanciación sacramental de la Hostia Eucarística, para que mediante un sortilegio adivinatorio Él manifestara

Jesús Díaz

cuál era su decisiva voluntad en tal asunto...” Se dio el caso curiosísimo de que la opinión de Dios coincidió con la del Diablo y ambas con las del Inquisidor, pero pese a todo ello los remedianos se mantuvieron en sus trece y rechazaron también el trágala divino.

El obstinado Inquisidor recurrió en tercera instancia a la máxima autoridad terrenal de aquel universo, Su Majestad el Rey de España, que a la sazón, y quizá para mantenerse en el plano de la atmósfera sobrenatural de la época que estamos describiendo, también estaba embrujado. El Inquisidor obtuvo el apoyo real, y además un bando del Capitán General de la Isla de Cuba en el que se ordenaba destruir “a hierro y fuego” la endemoniada población de San Juan de los Remedios, como único recurso capaz de imponer su traslado contra la decisión de alcaldes y vecinos. La villa fue incendiada y reducida a cenizas, pero ni aun así sus habitantes aceptaron el secuestro de la misma por parte del Inquisidor. Reconstruyeron el pueblo en el sitio donde lo habían fundado, junto a las costas en las que existía la posibilidad del comercio libre y del trato con herejes, y al cabo del tiempo consiguieron imponer su derecho a vivir donde y como querían.

Esta extraordinaria saga civil se desarrolló a lo largo de 26 años, desde 1672 hasta 1696. En ella, como hemos visto, nuestros remotos antecesores de San Juan de los Remedios derrotaron los reiterados intentos que llevó a cabo el Inquisidor para secuestrar al pueblo, y defendieron su derecho a la libertad nada menos que contra las supuestas maldiciones de Dios y del Diablo, contra las órdenes del Rey de España y los bandos del Capitán General de la Isla de Cuba, contra la destrucción a hierro y fuego, y aún contra un ejército formado por la increíble cantidad de dos billardos, 665 millardos, 866 millones, 764 mil 664 demonios, según cifras que constan de modo inequívoco en los cálculos obtenidos por Ortiz en el desarrollo del libro citado.

Pese a que como afirmé antes *Historia de una pelea cubana contra los demonios* es una de las obras menos estudiadas de Ortiz, nuestra cultura cuenta con una recreación excepcional de ese libro, la película homónima de Tomás Gutiérrez Alea. Pero al igual que ocurre con el texto de Ortiz, el filme que Alea hizo inspirándose libremente en él es uno de los menos conocidos y valorados de toda la obra de este cineasta. Resulta cuando menos inquietante que una coincidencia tan singular de dos de los grandes de nuestra cultura no haya atraído la atención de numerosos críticos y exégetas cubanos. Concedamos que el libro de Ortiz es excesivo, que a su autor no le alcanzó el tiempo para afinarlo, y también que la factura de la película de Alea se adelantó tanto a su tiempo que la aprehensión inicial del filme resulta difícil. Esos datos pueden contribuir a explicar el silencio que ha rodeado ambos trabajos; pero, como diría el propio Alea, lo explicarían sólo hasta cierto punto. Un análisis más complejo de este silencio revelador debe partir de ciertas consideraciones sobre la situación actual de nuestra cultura.

Más que sufrir el malestar a que se refirió Freud, la cultura cubana está gravemente enferma, fragmentada, rota, aquejada de un terrible mal moral y psicológico que propongo llamar *síndrome de la demonización*. Intentaré identificar la etiología de esa siniestra enfermedad entre nosotros, como primer paso

del gigantesco esfuerzo imprescindible para superarla. Según demuestra Ortiz en el libro citado, en Cuba hubo demonios desde mucho antes de la llegada de los españoles. Aquellos demonios originales acompañaban a nuestros indios sirviéndoles como sucedáneos de respuesta a las preguntas que les proponían los enigmas de las fuerzas de la naturaleza desatada –cuál era la causa de los ciclones que provocaban tanta destrucción y pavor, por ejemplo–, y también ante las grandes interrogantes a las que ni ellos ni nosotros hemos dado respuesta, tales como el destino de lo que solemos llamar espíritu o el sentido último de la muerte.

No obstante, es un hecho que la demonización propiamente dicha, o sea, entendida como recurso sistemático del poder para aplastar al diferente, llegó a Cuba con las sucesivas oleadas de conquistadores –colonizadores españoles, de mano de la iglesia católica y de su brazo secular, la Inquisición. Se trata de un procedimiento ideológico consistente en negarle al otro su condición humana, e identificarlo con las causas del mal y aún con el mal mismo si no abdica de grado o bajo tortura de su propia fe, religión o creencia, hace suyas las del amo y acepta trabajar para éste en calidad de siervo, soplón o esclavo. En nuestro caso, dicho procedimiento se identifica con los usos y abusos de la metrópoli española, pero no hay que perder de vista que ése ha sido en esencia el proceder de todos los imperios y dominadores. Sin embargo, es justo reconocer que la corona y la iglesia españolas habían acumulado una gran experiencia demonizadora en su lucha contra los *infieles* durante la reconquista de la península, en la que utilizaron largamente la figura del sacerdote/soldado simbolizada en el mito simbiótico de un intransigente general/santo cuyo nombre, apellido y función desgraciadamente continúan cabalgando hoy en España y América, Santiago Matamoros.

No es casual que desde Santiago de Cuba hasta Santiago de Chile, pasando por Santiago de Las Vegas, Santiago de los Caballeros, Santiago de Chuco, Santiago del Estero, Santiago de Veraguas y otros muchos Santiagos, su apelativo haya sido el más socorrido por los colonizadores a la hora de nombrar ciudades en América, ni que la principal orden militar española sea la de Santiago, ni que la consigna “¡Santiago y cierra España!” traiga tan ominosos recuerdos del pasado y sugiera tantas terribles asociaciones contemporáneas con consignas igualmente cerradas e intransigentes a los cubanos. La demonización y la violencia están inscriptas a sangre y fuego en los orígenes mismos de nuestro país. Cuba, tal y como hoy la conocemos, empezó a edificarse sobre el vacío creado por la desaparición de sus pobladores originales. Ninguno de aquellos dulces indios sobrevivió para contarlos, pero los conquistadores –colonizadores–, remotos choznos de muchos de los cubanos de hoy, subieron al cielo adonde el cacique Hatuey no quiso acompañarlos; lo hicieron muy tranquilos, después de todo no era seguro que los indios tuviesen alma.

El bueno de Fray Bartolomé de las Casas, la única voz autorizada que clamó en el desierto contra aquella barbarie, sugirió que se importaran negros del África para aliviar el sufrimiento de los indios. Las autoridades coloniales lo hicieron, no por seguir el consejo del sacerdote, sino porque los indios

morían como moscas debido al contagio con enfermedades contra las que no tenían anticuerpos, o bien se suicidaban en masa, incapaces de entender la destrucción de su mundo y trabajar como esclavos. Entonces absolutamente todas las potencias de Europa occidental, y sus colonos de las regiones americanas donde no había indios que pudieran ser reducidos a la esclavitud o al vasallaje protagonizaron uno de los episodios más vergonzosos de la historia humana. La cacería de millones de negros y su traslado a América en condición de esclavos. ¿Cuántos murieron al ser cazados, cuántos en los horriblos barcos negreros, cuántos en los cañaverales? Nadie lo sabe con exactitud. Aquella fue una ordalía sólo comparable quizá al genocidio llevado a cabo por los nazis contra los judíos en los campos de concentración, con la diferencia de que no duró seis años sino tres siglos. Muchos de los grandes puertos de Europa occidental, de Cuba y otras islas del Caribe, de Brasil y de esa nación sin nombre propio, Estados Unidos, huelen aún a negro esclavo. Y nadie ha pedido perdón ni pagado compensaciones por ello.

Ese genocidio está inscripto también a sangre, fuego y látigo en los orígenes de Cuba. Su resultado, la esclavitud, dio lugar a un proceso llamado a envilecer la Isla durante siglos: la demonización del negro. Ésta debía cumplir tres objetivos: exculpar las almas, exorcizar los miedos de los esclavistas, y destruir la moral de los esclavos despojándolos de sus dioses. Todo proceso demonizador empieza por negar la condición humana del demonizado. En España, a los judíos conversos se les llamó *marranos*, es decir, se les asimiló a un animal, pero no a un animal cualquiera, desde luego, sino a uno particularmente sucio. Los negros esclavos de Cuba tuvieron todavía menos suerte, en un alarde de cínica retórica eufemística los esclavistas les llamaron *piezas de ébano*, o sea, no se les consideró siquiera animales sino cosas, pedazos de madera negra, dura e insensible, buena para soportar el látigo y cortar la caña bajo el inclemente sol del trópico sin que la conciencia cristiana de los amos se alterara por ello.

Los negros fueron transterrados, se los despojó de su libertad, se mezcló a los de distintas culturas e idiomas para confundirlos en una alucinante torre de babel, se les impuso una religión y una lengua extrañas y se les sometió al desprecio, el escarnio y la burla. Pero no pudieron arrancarles sus dioses. Conmueve saber de los pobres cuadernos en que los negros de nación salvaron su memoria e imaginaron mapas de su mundo perdido. Esos cuadernos se llaman *La geografía del sagrado recuerdo*, y deberían ser, efectivamente, sagrados para todos los cubanos, negros y blancos. Una de las mayores y más absolutas victorias cubanas en nuestra permanente pelea contra los demonios es la obtenida por los negros sobre el sistemático proceso de demonización de que fueron objeto durante siglos, de modo que hoy por hoy nuestra gran religión popular no es el catolicismo sino la santería. Otro extraordinario triunfo contra nuestros propios demonios fue la gran generosidad e inteligencia de que dieron prueba los negros, mulatos y blancos durante la segunda mitad del siglo XIX para no enzarzarse en una guerra étnica que hubiese destruido al país, y en cambio pactar y protagonizar, por sobre prejuicios, miedos y rencores, dos grandes guerras patrióticas que dieron origen a la nación.

A lo largo de estas guerras el poder colonial español pretendió demonizar a los luchadores independentistas llamándoles despectivamente *mambises*. La palabra *mambí* es el resultado de la hispanización del prefijo yoruba *mbi*, lo que clarifica la intención de los colonialistas, reducir nuestras guerras nacionales a conflictos étnicos entre negros y blancos y utilizar el potencial demonizador a que habían sometido a los negros durante siglos. Pero los combatientes cubanos de entonces, blancos, negros y mulatos asumieron con orgullo el nombre de mambises, hasta el punto de denominar así tanto a su ejército como a sus soldados, venciendo de ese modo el intento demonizador del enemigo. Entonces los integristas bautizaron a los cubanos como *bijiritas*, un pajarito indefenso, con lo que el integrismo español del siglo pasado se situó absolutamente en la tradición demonizadora de sus antecesores, aquéllos que habían llamado *marranos* a los judíos conversos con la intención de animalizarlos.

La operación más perversa llevada a cabo por la propaganda historiográfica oficial cubana a lo largo de los últimos decenios ha sido la de reescribir la historia nacional a imagen y semejanza. El origen de este proceso puede fijarse en el discurso pronunciado por Fidel Castro el 10 de octubre de 1968, que dio comienzo a la campaña propagandística titulada “100 años de lucha”, una campaña que sigue presente hasta hoy, en el llamamiento al V Congreso del partido único que se celebrará este mismo año. En ella se expulsa conscientemente de nuestro corpus histórico toda la riqueza que no se adapte a la visión teleológica del gobierno, según la cual la verdadera historia de la nación tuvo siempre una sola dirección, un solo sentido, que concluye y se resume en la supuesta apoteosis iniciada en 1959. La revolución se identifica así con el fin de la historia de Cuba; en dos sentidos, como objetivo al que estuvo dirigida siempre la historia nacional y como culminación absoluta de la misma.

Esta versión tropical de Hegel, esta culpable adaptación de Fukuyama, niega el aporte de todos los movimientos y figuras capitales de nuestro pasado remoto y reciente que no sirvan a los fines de la teleología oficial –desde el reformismo del siglo XIX hasta las inseguras experiencias democráticas del XX, y desde Francisco de Arango y Parreño hasta Jorge Mañach–, e ignora olímpicamente el acervo que Rafael Rojas ha denominado con acierto la patria suave. La susodicha operación propagandística no se limita a la exclusión ya señalada, desconoce asimismo el hecho de que nuestra cultura e historia están constituidas no sólo por lo que convencionalmente definimos como cubano, sino también por todo cuanto ocurrió en la Isla en el pasado. Cuba fue española durante cuatro largos siglos, a España le debemos la lengua de Cervantes, Góngora y Quevedo, buena parte de nuestro espíritu literario y otras grandezas, pero eso no nos da derecho a ignorar que la tradición autoritaria e integrista peninsular es también nuestra, o sea, cubana, como lo son la carencia prácticamente absoluta de tradición democrática, la incapacidad para pactar y negociar, la tendencia cainita a resolver los problemas sociales y políticos por medios violentos, el recurso permanente a la intransigencia numantina y la tendencia visceral e irreprimible a convertir al adversario en enemigo y demonizarlo.

La mejor prueba de cuanto afirmo es el proceder político del estado

totalitario cubano. Cuando teóricos europeos buscan un modelo para explicarlo y se remiten a sus semejanzas con las experiencias rusa, china o coreana, van demasiado e innecesariamente lejos desde un punto de vista geográfico, cultural e histórico. En lo que se refiere a las libertades civiles el estado cubano resultante de la revolución se ha comportado en verdad como el estado colonial que rigió Cuba en nombre de España durante más de cuatro siglos. Algunos capitanes generales de entonces reinaron como autócratas sobre la isla en tiempos de crisis, utilizando un instrumento reveladoramente llamado “Comisión Militar Ejecutiva y Permanente”; combatieron con saña la libertad de expresión, de cátedra y de comercio; condenaron al presidio político por delitos de opinión a niños como José Martí; enviaron al exilio a los disidentes –llamáranse Félix Varela, José María Heredia u otra vez José Martí–; se inventaron conspiraciones inexistentes como la de “La escalera”; protagonizaron verdaderos “actos de repudio”, como el que tuvo lugar en el teatro Villanueva durante la representación de *El perro huevero*; ejecutaron a inocentes o simples sospechosos como Gabriel de la Concepción Valdés o los Estudiantes de Medicina del 71 e impusieron la delación y la represión como sistema para mantener a raya a los cubanos sobre la base del miedo.

Hubo más, a principios de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) el gobierno colonial español en Cuba instituyó por decreto el embargo de los bienes de los insurrectos y también de quienes viajaban a Estados Unidos, estableciéndose así, por razones de represión política, un antecedente de lo que sería la política de “nacionalizaciones” llevada a cabo a partir de 1959. “Un buen número de ricos criollos fueron embargados” –nos dice Moreno Fragnals en *Cuba/España España/Cuba*– “y la lista de sus bienes incluye ingenios azucareros, cafetales, ganado, fincas de frutos menores, esclavos, varios centenares de casas en las ciudades, comercios, embarcaciones, etc. ... La administración de esos bienes corrió a cargo de una junta, que se ensañó especialmente en destruir todo lo perteneciente a los principales conspiradores”.

De modo que cuando, en el año de 1960, Fidel Castro llamó *gusanos* a los opositores políticos del recién instaurado gobierno, estaba iniciando un proceso demonizador que lo inscribía por derecho propio en la más terrible tradición autocrática española. La misma que llamó *marranos* a los judíos conversos; la misma, también, que prendió entre nosotros y se hizo hispano-cubana al llamar *piezas de ébano* a los negros o *bijiritas* a todos los que estuvieran en contra del status colonial de la Isla. Se trata, como vimos, de una tradición de origen militar/religioso cuya estrategia política empieza por negar la condición humana del adversario como una precondition para convertirlo, más que en enemigo, en un animal indefenso y asqueroso, en un *gusano* a quien se puede y se debe aplastar sin contemplaciones ni remordimientos. Dicha tradición es por naturaleza numantina –¡Santiago y cierra España!–; y a ella pertenecen también el culto al machismo y a la intransigencia, así como la continua invocación a la muerte tan cara a las consignas oficiales castristas.

Esa demonización sistemática del adversario convirtió muy pronto a la revolución triunfante en una especie de guerra civil, en la que una parte de la

población fue convocada por el poder a arrasar con los otros, con los *gusanos*. Como consecuencia, todo el cuerpo social enfermó gravemente. La paradoja más dolorosa de nuestra historia es que semejante política contó durante decenios con el apoyo absolutamente mayoritario de la población, y también con la aprobación entusiasta y vehemente de más de medio mundo. El estudio de las razones de ese apoyo cuasi universal excede el objetivo de estas páginas; sin embargo, adelantaré la hipótesis de que si la población cubana no encontró anticuerpos para superar el mal fue porque esa perversa tradición demonizadora también le pertenecía. Y diré además que quien esto escribe estuvo entre los que asistieron a la terrible experiencia; apoyándola primero, por convicción, y absteniéndome después, por confusión y miedo, antes de llegar a comprenderla y combatirla. Tampoco es éste el lugar para analizar las sinrazones de mi convicción, ni las razones de mi confusión o de mi miedo. Pero quiero decir públicamente que pasé por esos tres terribles estados de ánimo y que por ello entiendo a los que una vez estuvieron convencidos, a los confusos y a los atemorizados. Yo fui uno de ellos.

Cuando la dirección revolucionaria violó su promesa de restablecer la Constitución de 1940 y convocar elecciones estaba destrozando el estado de derecho con cuya restitución se había comprometido ante los ciudadanos. El segundo juicio a los pilotos de la dictadura de Batista en Santiago de Cuba en 1959; la ola de fusilamientos del mismo año, jaleados por millones de cubanos al terrible grito de “¡Paredón!”; y la condena a cadena perpetua impuesta al comandante Hubert Matos por un delito de opinión, son los hitos que dan inicio, ante los ojos entusiastas o cómplices, atónitos o aterrados de los cubanos, a la edificación del estado policial más eficaz y de más larga data de los muchos que ha conocido el continente americano. Ni siquiera lo que Martí calificó sabia y premonitoriamente como “el Paraguay lúgubre de Francia” puede compararse, ya que al menos el país del terrible protagonista de *Yo, el Supremo* generó un notable desarrollo económico a partir de sus propias fuerzas y no gozó de ningún sostén internacional, mientras que el experimento cubano basó su política de extensión de los servicios educacionales y de salud en el financiamiento ofrecido por la extinta Unión Soviética como parte de su estrategia durante la guerra fría.

El propio Fidel Castro dio una prueba adicional de la importancia psicológica de la demonización del otro como pórtico inevitable a una política que pretenda destruirlo. A fines de los setenta intentó utilizar en beneficio de su sistema los recursos económicos en dólares que podría aportarle lo que hasta entonces se había llamado “la gusanera de Miami”. Hablando por televisión dio por muerto el mote de “gusanos” y propuso y decidió cambiarlo por el de “Comunidad Cubana en el Exterior”, un apelativo absolutamente aséptico, que ni siquiera utilizaba la palabra exilio, pues la existencia de éste, al igual que la del presidio político, la oposición o la censura, no existían verbalmente para el régimen. La población de la Isla, recurriendo al sentido del humor y a la agudísima intuición con que suele capear las cosas, empezó a rumorear que los “gusanos” se habían convertido en “mariposas”.

Esa operación levemente desdemonizadora fue sin duda el mayor error político que ha cometido el gobierno cubano desde que ocupa el poder, si juzgamos los hechos de acuerdo con sus propia lógica. La Comunidad Cubana en el Exterior resultó ser un caballo de Troya más auténtico aún que el homérico. En verdad traía regalos, no escondía soldados ni venía en son de guerra. Por primera vez en casi veinte años los habitantes de la Isla pudieron abrazarse con los hijos, hermanos, primos, amigos entrañables que ahora vivían en Miami, llorar junto a ellos, quererlos como nunca y además comprobar cuánto habían progresado en una economía abierta. Los ventiladores se convirtieron entonces en una suerte de símbolo de la fraternidad, como si bastara un poco de aire fresco para exorcizar a los demonios que desgarraban a Cuba.

Los sucesos de la embajada del Perú y del puente del Mariel, ocurridos poco tiempo después, no pueden entenderse si no se toma en cuenta la grieta abierta pacíficamente por el exilio en sus visitas a la Isla. En apenas unos días, más de cien mil personas le tomaron la palabra al gobierno cubano y se largaron a Miami con el apoyo de sus familiares; es evidente que hubiesen sido más de un millón si un acuerdo migratorio con Estados Unidos no hubiese detenido el éxodo. Fue la señal para que se desatara en la Isla un nuevo proceso demonizador. Pero esta vez no se dirigió de modo inmediato contra los burgueses que después de todo ya estaban en Miami, sino contra personas que, o bien se habían desencantado de la revolución después de apoyarla, o bien habían nacido y crecido bajo su mandato.

Como el apelativo de *gusanos* había sido retirado provisionalmente de la circulación por el propio Fidel Castro, éste se inventó uno nuevo, que resultó todavía más terrible que el anterior: *escoria*. Para Castro las decenas de miles de personas que habían decidido abandonar la Isla no eran compatriotas, ni exiliados políticos, ni emigrantes económicos, ni simples seres humanos, ni siquiera animales como los *gusanos*, los *marranos*, o las *bijiritas*: eran una cosa. Castro había descendido así al nivel de los esclavistas y tratantes del siglo XIX, que inventaron la cínica metáfora *piezas de ébano* para designar a los esclavos; y aún se había llegado más bajo, pues en última instancia el ébano es noble, útil y hermoso; la escoria, en cambio, es materia sucia, inútil, desechable por definición.

Este nuevo proceso demonizador de los ochenta necesitaba ser puesto en marcha, y para ello se inventó un instrumento, una especie de *progrom* que recibió un nombre tan terrible como revelador: *acto de repudio*. Su único antecedente en la historia nacional eran los actos de barbarie llevados a cabo por el cuerpo de voluntarios españoles –verdadero precursor de las actuales Brigadas de respuesta rápida–, como los ya citados del teatro Villanueva o el que consiguió bajo presión el fusilamiento de los estudiantes del 71. No es éste el lugar para describir la ordalía que se desató durante los actos de repudio con el apoyo del gobierno, y que muchos cubanos rechazamos horrorizados. Baste decir que hubo violencia, golpes, días y noches enteros de escándalos sistemáticos, de verdaderas torturas y linchamientos verbales, e incluso hay quien afirma que hubo también linchamientos físicos, aunque esto último no puedo atestiguarlo. En todo caso, lo cierto y terrible es que cientos de miles de cubanos

desfilaron al grito atroz de “¡Que se vayan! ¡Que se vayan! ¡Que se vayan!”, dirigidos contra otras decenas de miles de cubanos, con lo que los primeros se sumaban activamente a la pulsión demonizadora, de rancia tradición autoritaria, que consiste en expulsar del cuerpo social al diferente. Los homosexuales fueron un blanco particular de aquellos *progroms*, del mismo modo que en el siglo XVIII la Santa Inquisición en Cuba había procedido contra los “amujerados”; además y por orden del propio Castro, delincuentes comunes, asesinos y enfermos mentales fueron sumados a la expedición de quienes partían al exilio, con la aviesa intención de mezclarlo y confundirlo todo, como si se pretendiera cumplir así la demencial utopía machista de purificar la patria limpiándola de lo que el poder calificaba de escoria.

Esos horribles *actos de repudio* han seguido produciéndose de modo intermitente hasta el día de hoy. El gobierno cubano, aterrado por la percepción de su fracaso absoluto y carente de coraje moral para facilitar una salida pacífica al atolladero a que ha conducido a Cuba, está decidido a seguir utilizando hasta el infinito la demonización como recurso político; de ahí que responda con *actos de repudio* al más mínimo reto a su soberbia, aun si dichos retos son producidos pacíficamente por pequeños grupos de prensa independiente o de defensa de los derechos humanos. No resulta extraña entonces la respuesta de la prensa oficial de la Isla a la revista *Encuentro*, coorganizadora de estas jornadas. La síntesis de la misma puede encontrarse en una nota publicada en el N° 205 de la revista *Casa de las Américas*. En ella se invita a “... repudiar (sic.) ciertas maniobras dirigidas contra la cultura: de hecho, contra la médula de la soberanía cultural –y de toda índole– de la Isla”, (que) “... han tenido su más visible instrumento en la revista denominada *Encuentro de la cultura cubana*.”

El que *Casa de las Américas*, la revista de una institución dirigida por un poeta y ensayista de la talla de Roberto Fernández Retamar, se envilezca hasta el extremo de asumir un verbo de tan atroz significación en la historia reciente de Cuba como “repudiar” –lo que convierte explícitamente la susodicha nota en un acto de repudio–, no puede provocarnos más que una insondable vergüenza ajena. Lo más terrible es que ese mecanismo demonizador aplicado sistemáticamente durante casi cuatro decenios ha funcionado y sus consecuencias están a la vista. Cuba es un país gravemente enfermo, necesitado de una intensa cura de reconciliación y amor. Quizás estas palabras suenen un tanto extrañas en este cónclave de sociólogos, politólogos y economistas, pero estoy firmemente convencido de que no habrá solución social, política ni económica para el país si éstas no van precedidas y acompañadas de grandes dosis de comprensión y perdón mutuo. Uno de los efectos más terribles de la demonización es que crea lo que podríamos llamar un *reflejo pavloviano* contra el otro. No hay matices en el juicio; de hecho no hay juicio sino prejuicio. Así, una mayoría de los cubanos de la Isla, sometidos a la presión brutal de la maquinaria demonizadora del gobierno, identificó durante muchos años a Miami como un todo único, que además representaba el mal absoluto. Y aún hoy, cuando casi todos saben que el verdadero problema del país reside en su gobierno, el reflejo pavloviano de la demonización continúa funcionando entre

ellos, ahora bajo la cara del miedo. Miami sigue siendo percibida como una unidad que representa el mal, porque, se supone, “ellos volverán a Cuba a quitarnos las casas, a mandar, a vengarse y a humillarnos con su dinero”.

Y así como el mayor error político del gobierno cubano en todos estos años –según su propia lógica de demoniza y vencerás– fue el momento en que propuso una leve desdemonización del exilio, su mayor triunfo en este terreno ha sido lograr que una buena parte del exilio lo imite en su obsesión demonizadora. Cuando una artista tan justamente querida por la población cubana –y estoy seguro de que por la de ambas orillas– como Rosita Fornés, recibe en su visita a Miami una especie de acto de repudio, o cuando a un músico de la talla mundial de Gonzalito Rubalcaba se le aplica idéntico tratamiento, se está procediendo exactamente como lo hace el gobierno de La Habana y haciendo lo que éste desea. Cuando algún vociferante reclama a grito pelado en una radio de Miami tres días para matar en Cuba, está aterrando a la población de la Isla y obligándola a atrincherarse. La única forma civilizada de oponerse a lo que todavía se autocalifica de revolución no es hacer contrarrevolución, sino proceder de modo opuesto a como lo hacen quienes detentan el poder en Cuba; esto es, abriendo las puertas al encuentro y al debate libre, civil y democrático entre cubanos.

El exilio, particularmente en Miami, está orgulloso de sus logros; haber hecho florecer esa ciudad es ciertamente una hazaña. Haber reivindicado y conservado su condición de cubanos en medio de una cultura extraña es otra razón para sentirse orgulloso. Pero el límite entre el orgullo y la soberbia es demasiado estrecho. La desesperada y herida población de la Isla ha soportado durante demasiado tiempo la soberbia de sus gobernantes y está justamente predispuesta contra esa actitud. Haber marchado al exilio es una tragedia; haber permanecido en Cuba, otra. Ambos destinos son moralmente válidos. No hay ni culpa ni mérito especiales en ninguna de las dos opciones. Aquellos exiliados que piensan que el cubano más limpio es el que se fue antes, no deben olvidar que dejar el campo de batalla no autoriza a nadie a cantar victoria, ni que Fulgencio Batista abandonó Cuba el 31 de diciembre de 1958, ni mucho menos que la mayoría absoluta de la población de la Isla nació después del primero de enero de 1959.

La tendencia de muchos exiliados de demonizar a quienes permanecen en Cuba o a quienes regresan a visitarla es un desatino. José María Heredia, uno de los grandes fundadores de nuestro espíritu y de nuestro amor a la libertad, que fue condenado al exilio justamente por ello, pidió permiso al Capitán General de la Isla para regresar a Cuba a morir junto a las palmas. Si esa tragedia hubiese ocurrido hoy, los radios de Miami hubiesen tronado contra Heredia y cualquier exiliado insensible se sentiría con derecho a execrarlo por ello. Pero José Martí, cuyo nombre tanto se cita en vano, entendió la profundidad de la tragedia de aquel poeta, de quien dijo que pudo soportarlo todo menos el dolor de morir lejos de Cuba, lo exculpó para siempre ante nosotros, y definió “lo herédico” como una de las grandes riquezas de nuestra cultura.

No hemos escuchado a Martí. Hay una incoercible tendencia cainita entre cubanos, resultado de nuestro fracaso, de nuestra frustración y nuestra rabia. Contra ella no existe otro antídoto que la tesis martiana: “Con todos y para el bien de todos”. A fines del siglo XIX esto quería decir que la República tenía que levantarse con el concurso y para el bien de hijos de amos e hijos de esclavos, de cubanos y españoles residentes en Cuba, de la población de la Isla y de los exiliados que habían hecho florecer Tampa y Cayo Hueso. Hoy, a fines del siglo XX, “Con todos y para el bien de todos” quiere decir exactamente lo mismo. Con los once millones de cubanos que habitan en la Isla, negros y blancos, occidentales y orientales, militantes del Partido Comunista y disidentes, santesos y católicos, miembros del ejército y presos políticos, que son los destinados a decidir el futuro inmediato del país, y con los casi dos millones que viven el exilio, ya sea en Miami o en las lejanas brumas de Alemania, de cuyo capital, experiencia y conocimientos Cuba no podrá prescindir para reconstruirse.

Nadie puede predecir cuándo empezará esa reconstrucción, pero es evidente que ya tenemos que prefigurarla en nuestro comportamiento y que hemos perdido demasiado tiempo en cumplir ese deber. Dije al principio de estas líneas que la cultura cubana está fragmentada; como consecuencia tendemos a apreciarla a través de pequeños trozos de cristales rotos, lo que suele implicar un cierto grado de deformación óptica que en muchos casos llega incluso a la aberración. He sostenido en el pórtico que le dedicamos a Tomás Gutiérrez Alea en la revista *Encuentro*, que el conjunto de su obra constituye la crónica más lúcida del proceso que ha revolucionado, dividido y enfrentado a la sociedad cubana en la segunda mitad de este siglo. Si analizamos los filmes de Alea a la luz del concepto de retroprogreso según lo entiende Pániker, esto es, como trabajos que tienden a la vez y con la misma intensidad a las raíces y al infinito, comprenderemos la significación y el interés que películas tales como *La muerte de un burócrata*, *Memorias del subdesarrollo*, *La última cena* o la ya citada *Una pelea cubana contra los demonios* tienen no sólo para Cuba sino también para otras culturas.

Tomás Gutiérrez Alea nos ha inscrito a los cubanos en las pantallas del mundo y así lo ha reconocido la crítica internacional a través de retrospectivas, homenajes, estudios y libros consagrados a su trabajo. Sin embargo, y pese a esfuerzos estimables como el volumen que le dedicó José Antonio Évora, nuestra propia cultura está lejos de aprehender e incorporar las revelaciones inscritas en la obra del mayor cineasta cubano de todos los tiempos, que es también el mayor cineasta de la lengua española desde Luis Buñuel. Esa incapacidad visceral para festejar juntos lo mejor de nosotros mismos pública y universalmente es la manifestación más peligrosa del síndrome de la demonización que sufre hoy la cultura cubana.

La Cuba oficial ha santificado a Alea después de su muerte, y ese dato, y el que prácticamente todos sus filmes hayan sido realizados “dentro”, son razones suficientes como para que la mayor parte del exilio estigmatice, rechace o ignore la obra del autor de *Memorias del subdesarrollo*. No hay matices en el juicio; no se analiza el extraordinario potencial subversivo ni la complejidad crítica de

sus filmes; no se toma en cuenta que la iconificación oficial de la figura de Alea es estrictamente instrumental ni que el poder cubano está procediendo con él como siempre lo hace el poder con los muertos indóciles, castrando el filo de su obra y vampirizando su prestigio.

Cuba entera es hoy por hoy una inmensa y secuestrada San Juan de los Remedios. El dogmatismo y la intransigencia de quienes la administran despóticamente como una hacienda particular, y encierran en un círculo demoníaco a sus habitantes, está dirigido, como en el siglo XVII, a impedir la libertad y el trato con herejes para garantizar así su dictadura. Lo que Félix Martín de Arrate llamó *Llave del nuevo mundo* es ahora una prisión disfrazada de fortaleza. Y aquellos que desde el exterior sostienen el embargo y demonizan a quienes están paralizados por el miedo ante el presente y la incertidumbre ante el futuro, no hacen más que entregar en bandeja el último y único pretexto al Gran Inquisidor.

Si fuera posible contar los demonios que cada cubano lleva dentro de sí, quizá los dos billardos, 665 millardos, 866 millones, 764 mil 664 demonios de que habla Ortiz no nos parecería una cifra exagerada y risible. Y al igual que nuestros remotos antecesores remedianos tenemos por delante el reto de vencerlos. La disyuntiva es clara, o somos capaces de ganar esta nueva pelea cubana contra los demonios, lo que significa llegar en paz al momento en que podamos emplear juntos y en la misma dirección la fuerza extraordinaria de un pueblo capaz de hazañas tales como derrotar a ejércitos formidables en el corazón de África, y al mismo tiempo hacer florecer una gran ciudad en el marco de una cultura extraña, o esa misma fuerza descomunal empleada de modo fraticida terminará por destruirnos.

